

LA IMPORTANCIA DEL PENSAMIENTO RELACIONAL

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás*

“El yo es real por su participación en la realidad. Se hace tanto más real cuando más perfecta es la participación”. “El espíritu no existe en el yo, sino entre el yo y el tú. No es como la sangre que circula en ti, sino como el aire en que respiras. El hombre vive en el espíritu cuando puede responder a su tú. Puede hacerlo cuando entra en relación con todo su ser. El hombre sólo puede vivir en el espíritu en virtud de su capacidad de relacionarse¹.”

El concepto de *relación* está adquiriendo, de día en día, mayor importancia en todas las áreas de conocimiento. Pero estamos lejos, sin duda, de haber cobrado conciencia del papel que juegan las interrelaciones en nuestra vida. Cuanto más reflexionemos sobre ello, más avanzaremos en nuestro proceso de desarrollo.

I. IMPORTANCIA DE LA RELACIÓN

La relación se halla en la base misma del universo: de la constitución de la materia y de la vida vegetal, animal y humana. Recordemos que la materia, según el físico atómico canadiense Henri Prat, “no es más que energía ‘dotada de forma’, *informada*; es energía que adquirió una estructura”². En su último estrato, la reali-

* Sesión del día 19 de marzo de 2009.

¹ Cf. Martin Buber, *Yo y tú*, Caparrós, Madrid 1995, pp. 50, 33; *Ich und Du*, en *Schriften über das dialogische Prinzip*, L. Schneider, Heidelberg 1954, pp. 66, 41.

² Cf. *L'espace multidimensionnel*. Les Presses de l'Université de Montreal, Montreal 1971, p. 15.

dad cósmica no está compuesta por trozos infinitamente pequeños de materia, sino por "energías estructuradas", interrelacionadas. Como sabemos, una estructura es una trama de interrelaciones. Ello permitió decir al famoso físico inglés A. S. Eddington: "*Dadme un mundo —un mundo con relaciones— y crearé materia y movimiento*"³. Los conceptos de relación y estructura gozan del mayor predicamento en la investigación científica actual.

Algo semejante sucede en el mundo vegetal y el animal. Al ver esto en conjunto, nos preguntamos, admirados, qué tipo de energía deben de albergar las relaciones para ser capaces de dar lugar a la maravilla del universo.

En esta trama de interrelaciones vive el ser humano desde su nacimiento. Pero no sólo vive en unidad; tiene el privilegio de poder —y deber— *crear nuevas formas de unidad*, que admiten diversos grados y pueden alcanzar las más altas cimas. Hasta tal punto juega un papel decisivo la interrelación en la vida del hombre que éste es definido actualmente por los biólogos más cualificados del mundo como un "ser de encuentro"⁴. Los seres humanos, incluso los que hemos nacido a los nueve meses, nacemos a medio gestar; venimos al mundo un año antes de lo que debiéramos si nuestros sistemas inmunológicos, enzimáticos y neurológicos hubieran de estar relativamente maduros. Este anticipo fue determinado por el Creador (por la Naturaleza, en lenguaje no religioso) para que acabemos de troquelar nuestro ser *en relación* con el entorno. El entorno primero y primario del bebé es su madre, e inmediatamente su padre y sus hermanos. Esa labor imprescindible de troquelamiento sólo se realiza si el entorno es *acogedor*.

Según la Biología actual, lo que más necesita un recién nacido, en cuanto a su desarrollo personal, es verse *acogido* por quienes lo rodean. El acogimiento se muestra, sobre todo, en la ternura. De ahí que los biólogos, los pediatras y los pedagogos anden a porfía en recomendar a las madres que, a no ser en caso de enfermedad, amamenten por sí mismas a sus hijos y los cuiden. Amamentar no es sólo dar alimento; es, además, acoger. Al sentir un día y otro la ternura en las yemas de los dedos de quien lo asea y lo viste, el bebé gana confianza en el entorno y se prepara para abrirse a las demás personas y tener *fe* en ellas, condición indispensable para verlas como *fiabes*, hacerles *confidencias* y crear relaciones de encuentro. Sin esa confianza básica, el niño tendrá grave riesgo de sufrir disfunciones psíquicas en la juventud: brotes de violencia, fracasos escolares, dificultad para realizar la entrega que exige la fe, tanto la humana como la religiosa⁵...

³ Cf. *Space, time and gravitation*, Cambridge 1920, p. 202.

⁴ Cf. Juan Rof Carballo, *El hombre como encuentro*, Alfaguara, Madrid 1973; Manuel Cabada Castro, *La vigencia del amor*, San Pablo, Madrid 1994.

⁵ Véase la sugestiva obra de Juan Rof Carballo, *Violencia y ternura*, Prensa Española, Madrid 1977.

Esta condición relacional de la persona humana nos lleva a pensar que la relación no juega un papel *accidental* en nuestro proceso de desarrollo; decide nuestra existencia como personas, como "seres de encuentro". Tras la Primera Guerra Mundial, el pensamiento dialógico o personalista fundó en la relación mutua "entre" el yo y el tú su comprensión del ser humano⁶. La intuición de la importancia que encierran las "correlaciones" y la "respectividad" inspiró, en nuestro entorno, dos orientaciones metafísicas del máximo calado: la de Ángel Amor Ruibal y la de Xavier Zubiri; el primero, inspirado por la articulación interna del lenguaje, y el segundo, impulsado por las revelaciones de la Física de las partículas elementales⁷.

Si somos *seres de encuentro*, es imprescindible descubrir lo que es e implica el acontecimiento de encuentro. Para ello debemos realizar dos descubrimientos previos, que llevan aparejadas dos transformaciones de nuestra conducta.

Primer descubrimiento: las realidades abiertas o "ámbitos"

Nuestra primera tarea es aprender a mirar, y descubrir que en nuestro entorno hay realidades abiertas y realidades cerradas. *Realidad cerrada* es la que está ahí sin tener relación alguna conmigo; por ejemplo, una tabla cuadrada que veo en el taller de un carpintero. En este momento no me ofrece posibilidad alguna para realizar la actividad que tengo entre manos. La veo, por tanto, como un mero "objeto", una realidad cerrada. Pero figurémonos que pinto en ella unos cuadraditos en blanco y negro. Esta sencilla operación convierte la tabla en *tablero* de juego. He aquí la primera transfiguración. La tabla se ha convertido en *realidad abierta* porque ahora, como tablero, es capaz de ofrecernos posibilidades para jugar en ella al ajedrez o a las damas. Es una realidad que se abre a nosotros para permitirnos hacer juego, crear jugadas, tender a una meta, ejercitar la imaginación... Por ser una realidad abierta y abarcar cierto campo, vamos a llamarle *ámbito de realidad*, o sencillamente *ámbito*⁸. Como tal, tiene un *rango superior* a la tabla vista como objeto.

⁶ En su obra programática *¿Qué es el hombre?*, FCE, México 1954, escribe Martin Buber: "Más allá de lo subjetivo, más acá de lo objetivo, en el 'filo agudo' en el que el 'yo' y el 'tú' se encuentran se halla el ámbito del 'entre' " (pp. 153-154). "Si consideramos al hombre con el hombre veremos, siempre, la dualidad dinámica que constituye al ser humano (...)" (p. 154). "Podemos aproximarnos a la respuesta de la pregunta '¿Qué es el hombre?' si acertamos a comprenderlo como el ser en cuya dialógica, en cuyo 'estar-dos-en-recíproca-presencia' se realiza y se reconoce cada vez el encuentro del 'uno' con el 'otro' " (p. 155). Sobre el pensamiento dialógico puede verse mi obra *Cuatro personalistas en busca de sentido. Ebner, Guardini, Marcel, Laín*, Rialp, Madrid 2009.

⁷ Cf. Ángel Amor Ruibal, *Los problemas fundamentales de la filosofía y del dogma*, 10 vols., Santiago de Compostela 1914-1936; *Cuatro manuscritos inéditos*, Gredos, Madrid 1964; Xavier Zubiri, *Sobre la esencia*, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid 1963; "Respectividad de lo real", en *Realitas III-IV 1976-1979*, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid 1979.

⁸ El concepto de ámbito es desarrollado en varias de mis obras, sobre todo en *Estética de la creatividad*, Rialp, Madrid '1998, e *Inteligencia creativa*, BAC, Madrid '2003.

He transfigurado la realidad. Ahora debo transfigurar mi actitud frente a ella. Con la tabla puedo hacer lo que quiera: venderla, canjearla, manejarla a mi antojo, porque es sencillamente para mí una realidad delimitable, pesable, agarrable, situable en un lugar o en otro. Dispongo, respecto a ella, de *libertad de maniobra*, de maniobrar a mi gusto. Con el tablero en cuanto tal, es decir, en cuanto estoy jugando en él un determinado juego, no debo actuar arbitrariamente: he de respetar las normas que dicta el reglamento. Mi actitud no ha de ser de dominio, manejo y disfrute —como sucede con la tabla—, sino de respeto, estima y colaboración. Adquiero, así, una forma superior de libertad, la *libertad creativa*. Si convenimos en que la tabla como objeto y mi actitud respecto a ella pertenecen al *nivel 1*, el tablero —como campo de juego—, mi actitud de colaboración respetuosa y mi libertad creativa presentan una categoría superior; pertenecen al *nivel 2*.

Grabemos bien la riqueza interna de la actividad que acabamos de realizar:

- Hemos descubierto *dos tipos de realidades* —las realidades cerradas y las abiertas, los objetos y los ámbitos— y *dos actitudes* distintas respecto a ellas: la de simple manejo y la de colaboración respetuosa.
- Hemos vivido una *transfiguración* y un *ascenso de nivel*.
- Al ascender del *nivel 1* al *nivel 2*, nos *liberamos* del apego a las realidades dominables —que siempre se hallan *fuera* de nosotros— y ganamos un modo superior de libertad, la *libertad creativa*.
- Con ello adquirimos la posibilidad de *unirnos de forma más estrecha* con las realidades del entorno. La relación que puedo tener con un tablero de juego es más intensa que con la tabla, ya que jugar es crear relaciones entrañables de colaboración.

De modo semejante a la tabla, un fajo de papel pautado que se halla en una papelería es un objeto. Si escribo en él una composición musical, transformo el fajo de papel en una *partitura*, y lo elevo del *nivel 1* al *nivel 2*. El fajo de papel es mío, lo poseo, puedo utilizarlo para cualquier fin: escribir en él, abanicarme, encender una estufa... Pertenecer al *nivel 1*. Pero, si ese fajo de papel se convierte en partitura, y tomo ésta como guía para interpretar la obra que se expresa en ella, debo respetarla al máximo, colaborar con ella, serle fiel, ajustar mi acción a las normas que ella me da. Estamos en el *nivel 2*.

- Otra vez hemos transformado una realidad y cambiado nuestra actitud.
- Con ello, hemos vivido una liberación interior; hemos convertido la libertad de maniobra en libertad creativa.

- Hemos ganado, así, un modo más valioso de relación con una realidad del entorno.

Del ejercicio de este cuádruple poder transfigurador arranca toda la vida ética, como proceso de crecimiento personal y comunitario.

Segundo descubrimiento: las experiencias reversibles

Demos un paso adelante en nuestro camino de transfiguraciones. Alguien me habla de un poema que figura en un libro. Es para mí algo que está ahí. Sé que es una obra literaria, pero no me preocupo de asumir las posibilidades que me ofrece y darle vida; la tomo como una realidad más de mi entorno, y queda situada en mi mente al lado de las mesas, las plumas, el ordenador, los libros... El poema lo considero, en este momento, casi como un objeto, una realidad que se halla en mi entorno pero no se relaciona conmigo activamente, ni yo con él. Está a mi lado, pero alejado, al modo de las realidades cerradas u objetos.

Pero un día abro el libro y aprendo el poema *de memoria*, es decir, “de corazón” —como dicen expresivamente los franceses e ingleses—, porque asumo las posibilidades estéticas que alberga, y lo declamo creativamente, dándole el tipo de vida que el autor quiso otorgarle. En ese momento, el poema actúa sobre mí, me nutre espiritualmente, y yo configuro el poema, le doy el ritmo debido, le otorgo vibración humana, lo doto de un cuerpo sonoro. Esa experiencia de declamación no es meramente “lineal”; no actúo yo solo en ella. Es una *experiencia reversible*, bidireccional, porque ambos nos influimos mutuamente: El poema influye sobre mí y yo sobre el poema. Esta relación de influjo mutuo presenta suma fecundidad, por cuanto *da lugar a las diversas formas de encuentro*.

Fijémonos en los cambios realizados.

- Cambió el poema (pasó de ser algo ajeno a mí a constituirse en principio interno de mi actuación);
- cambió mi actitud respecto a él (pasó de ser pasiva a ser colaboradora);
- cambió el tipo de experiencia realizada (pasó de *lineal* a *reversible*);
- surgió una forma nueva, maravillosa, de unión con el poema: la unión de *intimidad*. Antes de entrar en relación con el poema, éste era distinto de mí, distante, externo, extraño, ajeno. Al asumir sus posibilidades estéticas y declamarlo, se me vuelve íntimo, sin dejar de ser distinto, pues nada nos es más *íntimo* que aquello que nos impulsa a actuar

y da sentido a nuestra actividad. De esta forma, el poema deja de estar *fuera de mí*, en un lugar *exterior a mí*. Él y yo formamos un mismo *campo de juego*. En esto consiste ser íntimos. La unión de intimidad sólo es posible en el *nivel 2*, el de la creatividad.

- Esta transfiguración de lo externo, extraño y ajeno en íntimo da lugar a una *forma eminente de unión*. Ningún tipo de unión con un objeto alcanza el carácter entrañable que adquirimos al crear un campo de juego con una realidad abierta, que nos ofrece posibilidades creativas. Es una forma de *participación creativa*, por cuanto en ella damos vida a obras culturales y nos hacemos coterráneos y contemporáneos de sus autores.

Al asumir fielmente las posibilidades que me ofrece un poema en el que participo creativamente, me atengo a él, le soy fiel, lo tomo como una norma que me guía, y justamente entonces me siento inmensamente libre, libre para crearlo de nuevo, darle vida, llevarlo a su máximo grado de expresividad. Fijémonos en el modo de transfiguración y liberación que se opera aquí: los términos *libertad* y *norma* son entendidos de modo tan profundo que dejan de oponerse entre sí y pasan a complementarse. En el *nivel 2*, la libertad que cuenta es la *libertad creativa*. La norma que nos interesa es la que procede de alguien que tiene *autoridad*, es decir, capacidad de promocionar nuestra vida en algún aspecto⁹. Un declamador literario, un intérprete musical, un actor de teatro... se sienten tanto más libres cuanto más fieles son a los textos literarios y a las partituras musicales.

Cuando actuamos creativamente, es decir, cuando asumimos de forma activa las posibilidades que nos da una obra —literaria, musical, coreográfica, teatral...— convertimos el *dilema* “libertad-norma” en un *contraste* enriquecedor. La relación sumisa de la libertad con la norma se transforma, en el *nivel 2*, en una relación de *liberación* y *enriquecimiento*: la norma, asumida como una fuente fecunda de posibilidades, me libera del apego a mi capricho, a mi afán de hacer lo que me apetezca. Amengua, con ello, mi *libertad de maniobra*, pero incrementa mi *libertad interior* o *libertad creativa*, libertad para crecer como persona asumiendo normas enriquecedoras. No olvidemos este dato: *toda transfiguración va vinculada con una liberación y una forma superior de unidad*.

Una transfiguración se dio ya en la conversión de la tabla en tablero. Otra más valiosa acabamos de vivirla al realizar la experiencia reversible de la declamación de un poema. El modo más alto lo experimentaremos al realizar la experien-

⁹ Como sabemos, el vocablo “autoridad” procede del verbo latino “augere”, que significa promocionar, enriquecer. De él proceden los términos “auctor” (autor) y “auctoritas” (autoridad).

cia reversible en la que dos personas entrelazan sus ámbitos de vida, se enriquecen mutuamente al dar lugar a una realidad nueva: el *nosotros*.

El descubrimiento de las experiencias reversibles es sumamente prometededor porque nos abre inmensas posibilidades de relación con las realidades más valiosas de nuestro entorno y hace posible el acontecimiento más importante de nuestra vida: el *encuentro*. Estamos abriéndonos con asombro al apasionante mundo de las relaciones. Este descubrimiento ensanchará notablemente nuestros espacios interiores, nuestra visión de la vida y nuestras posibilidades de crecimiento personal.

Tercer descubrimiento: el encuentro

El cuidado en distinguir los diversos modos de realidad que existen y las diferentes actitudes que debemos adoptar respecto a ellos está empezando a darnos luz para comprender acontecimientos muy significativos de nuestra vida, como es el encuentro, base del auténtico amor. Las experiencias reversibles —de doble dirección— sólo son viables entre seres que tienen cierto poder de iniciativa para ofrecerse mutuamente posibilidades. El tablero me hace posible jugar al ajedrez. La partitura me otorga la posibilidad de conocer una obra musical. La obra musical —igual que un poema— me da la posibilidad de asumirla como *principio interno de actuación* e interpretarla. Al hacerlo, creo con esas obras culturales un modo entrañable de unidad; las hago *íntimas*. Esta intimidad constituye el núcleo del encuentro.

La relación de encuentro surge cuando asumimos activamente las posibilidades que nos ofrece una realidad y damos lugar al juego creativo que es, por ejemplo, la declamación de un poema o la interpretación de una obra musical o teatral. Estas actividades culturales suponen un entrelazamiento de dos ámbitos de vida: la obra y el intérprete. Tal entrelazamiento gana en valor a medida que las realidades ostentan un mayor poder de iniciativa.

- Una obra literaria o artística nos habla, nos sumerge en un mundo expresivo, suscita en nosotros elevados sentimientos, tiene cierta personalidad, un modo característico de ser y dispone de un poder de iniciativa mayor que el tablero de ajedrez.
- La partitura me da una primera idea de lo que es una obra musical. Al recibir activamente la posibilidad que la obra me ofrece de asumir sus melodías, sus armonías, sus ritmos..., adquiero el poder creativo de darle vida.

- Pero la persona humana dispone de un poder de iniciativa todavía más alto. Por eso, si ya podemos *encontrarnos* con un poema y una sonata, la forma suprema de encuentro se da entre dos seres personales, que gozan de un poder de iniciativa inigualable en el universo, pues son capaces de crear la forma de cooperación e intimidad que expresa el término *nosotros*. Las personas se desarrollan creando modos de unidad —por tanto, de comunidad— cada vez más valiosos.

Ya tenemos clara esta idea: *Cuanto más elevada en rango es la realidad con la que entramos en relación, más valiosa puede ser nuestra unión con ella*. Tal unión la lograrnos si respetamos esa realidad y le concedemos todo su valor. Estamos en el plano más alto del *nivel 2*, que nos exige una actitud de respeto, estima y colaboración.

El encuentro es fruto de una doble transfiguración

Reflexionemos sobre lo que es el encuentro entre personas a la luz de lo analizado anteriormente. También aquí queremos transformar un tipo de realidad en otro superior. En efecto, deseamos pasar de dos realidades *individuales* a una realidad *relacional*: el *nosotros* propio del encuentro. Esa transfiguración de la realidad exige una transfiguración correlativa de nuestra actitud. Se trata de un cambio cualitativo superior al cambio de la tabla en tablero, y del papel en partitura. Supone una elevación a un modo superior de realidad: pasamos del yo y el tú al *nosotros*, al encuentro visto como un *estado de enriquecimiento* mutuo. Yo me enriquezco oyendo una obra de Mozart o declamando un poema de Garcilaso. Pero más me desarrollo todavía si descubro la alta calidad de esa realidad nueva y sorprendente que surge al unirse íntimamente el yo y el tú. Esta unión no se reduce a mera *fusión* —que diluye el ser personal de cada uno—; implica la *integración* de dos personas.

La relevancia de este tipo de *realidad comunitaria* exige una transformación total de la actitud del que quiere asumirla y vivirla. Para llevarla a cabo necesitamos una *liberación interior*: renunciar a la actitud de egoísmo en favor de una actitud básica de generosidad, que nos lleva a abrirnos a la otra realidad y actuar dualmente, desde los dos centros: el yo y el tú. Sólo así nos encontramos “centrados”¹⁰. Al vivir en ese centro dinámico —el “entre” de que hablaba Martin Buber, es decir el campo de juego creado *entre* el yo y el tú¹¹— transformamos la actitud

¹⁰ Recordemos que la elipse tiene dos centros intervinculados, y de ahí se deriva su peculiar dinamismo, bien visible en la arquitectura y el urbanismo barrocos. En la romana plaza de San Pedro, no nos centramos al situarnos junto al obelisco, sino moviéndonos entre las dos fuentes, ubicadas en cada uno de los dos centros de la elipse.

¹¹ Cf. *Yo y tú*, Caparrós, Madrid 1995 pp. 33, 50. Versión original: *Ich und Du*, en *Die Schriften über das dialogische Prinzip*, Schneider, Heidelberg 1954, pp. 41, 66; *Qué es el hombre*, FCE, México 1954, pp. 151-154.

de egoísmo en una actitud de generosidad, y cambiamos, consiguientemente, todas nuestras actitudes: la falsedad en veracidad; la hosquedad en cordialidad, la deslealtad en fidelidad, la cerrazón en comunicación, la altanería en sencillez...

Esta transfiguración convierte nuestra realidad cerrada por el egoísmo —actitud propia del *nivel 1*— en una realidad abierta, regida por la voluntad generosa de colaboración. Tal liberación interior aumenta nuestra capacidad de asumir activamente las posibilidades que se nos ofrezcan y otorgar las propias. Tengo una preocupación y te pido ayuda. Tú respondes a mi invitación ofreciéndome tu capacidad de pensar, de expresarte, razonar, comprender situaciones y resolver problemas. Yo respondo a tu oferta de modo activo, poniendo en juego mis capacidades y ofreciéndotelas. Este intercambio generoso de posibilidades crea un *campo operativo* común, en el cual nos enriquecemos mutuamente y fundamos una relación de *intimidad*. Tú influyes sobre mí y yo sobre ti sin afán de dominio sino de perfeccionamiento, y entre ambos ordenamos nuestras ideas, las clarificamos y entreveamos una salida airosa a la cuestión propuesta. Tal colaboración fecunda supone el entreveramiento de nuestros ámbitos de vida, la creación de un *campo de juego* común. Ese *ámbito de participación* que creamos merced a una entrega generosa de lo mejor de nosotros mismos es el *encuentro*.

Encontrarnos no se reduce, pues, a estar cerca —*nivel 1*—; supone *entrar en juego* creativamente para enriquecernos unos a otros —*nivel 2*—. Al relacionarnos en ese campo de juego común, superamos la escisión entre el *dentro* y el *fuera*, el *aquí* y el *allí*, lo *mío* y lo *tuyo*. Estamos ante un fenómeno creativo, propio del *nivel 2*, el nivel de los ámbitos y la creatividad. Antes del encuentro, tú eras para mí un ser distinto, distante, externo, extraño, ajeno. Al encontrarnos, dejas de ser distante, externo, extraño, ajeno (sin dejar de ser distinto) y te vuelves íntimo. *Íntimo* no significa que has salido de tu interioridad y te has recluso en la mía, o yo en la tuya. No hay paso de una interioridad a la otra. Hay superación del alejamiento entre lo interior y lo exterior, pues hemos creado un *espacio nuevo* que nos acoge a ambos y nos eleva de nivel, nos sumerge en el ámbito del *nosotros*. Este ámbito es un *campo de juego* en el cual compartimos la vida, de forma que tus gozos son mis gozos; tus penas, mis penas. No se trata de superar distancias —como sucede en el *nivel 1*—, sino de crear espacios en los que es posible fundar modos superiores de unidad.

Dos personas que se encuentran, en sentido riguroso, no están la una *fuera* de la otra. Ambas se hallan insertas en un mismo *campo de juego*, en el cual el *aquí* y el *allí*, el *dentro* y el *fuera* no indican escisión entre una realidad y otra sino *lugares distintos desde los cuales están participando en un mismo juego creador*, es decir, colaborando al logro de una misma meta.

Esta forma de ver nuestra realidad humana opera una verdadera *transfiguración* en nuestra mente y nuestra actitud. Nos liberamos de la sumisión al espacio

y descubrimos que una realidad *distinta* de nosotros se convierte, a menudo, en *íntima*, sin dejar de ser distinta. De esta forma, realidades que están fuera de nosotros en el *nivel 1* se nos tornan íntimas en el *nivel 2*. Eso queremos decir al indicar que, en los términos “dentro” y “fuera” dejan de oponerse y se complementan.

Esta transfiguración es tan fecunda que da lugar a las formas más logradas del arte, que no expresan objetos sino ámbitos, no describen hechos sino acontecimientos, no subrayan tanto el significado de ámbitos y acontecimientos sino su sentido, no relatan procesos artesanales sino creativos¹².

Por el contrario, si, al tratar a una persona, sólo tomo en consideración su cuerpo y la reduzco a medio para mis fines, la bajo del *nivel 2* al *nivel 1*; la sitúo *fuera* de mí, como algo *exterior* a mí, incapaz de *participar* en el juego de mi vida. Al hacerlo, soy injusto con ella pues le resto posibilidades de desarrollo y la degrado. Cada tipo de realidad nos pide una actitud adecuada. La actitud que debemos adoptar respecto a las personas no es la de dominio, posesión y manejo interesado, propia del *nivel 1*, sino la actitud respetuosa, generosa, colaboradora y servicial, propia del *nivel 2*. Este *ámbito de participación* que creamos merced a una entrega generosa de lo mejor de nosotros mismos es el *encuentro*.

Cuarto descubrimiento: Los valores y las virtudes

Para lograr la alta cota del encuentro, debemos cumplir sus exigencias. La primera y primaria es la *generosidad*, actitud que inspira todas las restantes: apertura veraz al otro, confianza, fidelidad, paciencia, cordialidad, comunicación, participación en actividades nobles... Estas exigencias —que son, a la vez, las condiciones que definen la relación de encuentro— las denominamos *valores*. Tiene valor todo cuanto enriquece al hombre. Como éste crece al crear relaciones de encuentro, inducimos que cuanto favorece el encuentro colabora a nuestro desarrollo y presenta valor.

Al asumir estas condiciones como principios de nuestro obrar, reciben el nombre de *virtudes*. En latín, *virtutes* significa *capacidades*; en concreto, capacidades para el encuentro. De lo antedicho se desprende que toda persona —creyente o agnóstica, del norte y del sur— que quiera desarrollarse como tal necesita ineludiblemente cultivar las virtudes, asumir los valores que éstas encierran.

¹² Este sugestivo tema lo explano en obras como *La experiencia estética y su poder formativo*, Universidad de Deusto, Bilbao 2004; *El poder formativo de la música*, Rivera Editores, Valencia 2005.

Quinto descubrimiento: El ideal de la unidad

Cuando cumplimos las condiciones del encuentro y tenemos la suerte de hallar otra persona que también lo haga, nos encontramos —en sentido pleno— y experimentamos los frutos de esta forma de unión: energía interior, alegría, entusiasmo, felicidad, paz, amparo, júbilo festivo... Al constatar, por experiencia, esta sorprendente fecundidad del encuentro, advertimos que el valor más alto, el que corona y aúna todos los demás es el encuentro o —dicho de forma más general— el crear las formas de unidad más elevadas. Ese valor supremo —que podemos llamar “ideal de la unidad”— constituye el *ideal de nuestra vida*. Tal ideal no es una mera idea; es una *idea motriz* que lo dinamiza todo y lo cambia radicalmente.

Al optar incondicionalmente por este ideal de la unidad y tomarlo como criterio de vida, experimentamos siete transformaciones decisivas: Pasamos

- de la libertad de maniobra a la libertad creativa,
- de una vida desorientada a una vida colmada de sentido,
- de una vida pasiva a una vida creativa,
- de una vida solitaria a una vida en relación,
- de un pensamiento aislado a un pensamiento relacional,
- de un lenguaje visto como instrumento individual para comunicarnos pasamos a un lenguaje visto como vehículo viviente del encuentro,
- de un proceso de seducción que domina y al final aísla pasamos a un proceso de éxtasis o creatividad que nos lleva a entregarnos a los demás y a crear el ámbito acogedor del *nosotros*.

II. RELEVANCIA DEL PENSAMIENTO RELACIONAL EN LA VIDA HUMANA

Si somos seres de encuentro, es lógico que la relación juegue un papel decisivo en nuestra vida y en nuestra concepción de la vida. Podemos verlo claramente a través de varios ejemplos.

1. Hemos descubierto anteriormente que nuestra vida se perfecciona a medida que vamos realizando experiencias reversibles de mayor calidad, que culminan en las experiencias de encuentro, que presentan diversos grados de perfección. De ahí la conveniencia de analizar cuidadosamente cómo se constituyen tales experiencias.

Lo primero que observamos es que éstas son llevadas a cabo por *realidades abiertas* —o ámbitos—, capaces de dar posibilidades y recibirlas activamente. Por eso, el pensamiento dialógico propuso, acertadamente, sustituir el esquema mental “yo-ello” (afín al de “yo-objeto”) por el de “yo-tú”, pues la relación del ser humano con el entorno culmina en la relación de una persona con otras, individualmente o en grupo¹³. Al descubrir la importancia que reviste en nuestra vida el descubrimiento de los ámbitos o realidades abiertas, advertimos que conviene adoptar el esquema mental “yo-ámbito”, en el cual quedan incluidas las relaciones de encuentro con las personas pero también con una inmensidad de realidades que no son objetos pero tampoco personas; por ejemplo, las obras literarias y las artísticas. Toda persona es un ámbito de realidad; pero no todo ámbito o realidad abierta es una persona. De ahí la conveniencia de introducir la categoría de “ámbito” en nuestro discurso a fin de flexibilizar la inteligencia y dar razón plena de las realidades que se sitúan entre los meros objetos y las personas e instituciones. Limitarse a subrayar la innegable importancia del esquema “yo-tú” —como suele hacer el pensamiento dialógico— corre peligro de no hacer justicia a la amplia y valiosa gama de realidades que suscitan buena parte de la actividad creativa del hombre.

2. De aquí se desprende que el esquema “acción-reacción” no es adecuado a la tarea educativa, llamada a promover la creatividad en niños y jóvenes. En el internado que nos presenta la bella y aleccionadora película *Los chicos del coro* estaba vigente el lema “acción-reacción”, equivalente a la expresión vulgar “el que la hace la paga”. Este sistema educativo se movía en el *nivel 1* y, a veces, en niveles incluso inferiores. De ahí la falta de creatividad y el exceso de crispación. Sin ninguna pretensión pedagógica, el nuevo “vigilante”, un sencillo músico en paro, intentó, con su bondad y su sentido de la belleza, elevar a los chicos a los niveles 2 y 3. En virtud de la lógica propia de los distintos niveles de realidad, el esquema mental —y con él el criterio de acción— que se siguió desde entonces en el colegio fue el de “apelación-respuesta”, que respeta y garantiza un trato digno entre las personas. Este respeto a la dignidad de los internos, cambió la atmósfera del centro e hizo ver pronto que los internos no eran “incorregibles”, como se daba por supuesto.

3. Apelar significa *invitar a realizar valores*. Suscita, por ello, una respuesta positiva y creativa. Inspira la creación de relaciones fecundas. En cambio, el mero padecer el efecto de una acción no implica capacidad creativa. Doy tres golpecitos con un dedo en la mesa. Entre la acción que ejerzo sobre la mesa y la presión que la mesa padece hay una relación de *oposición*. Lo primero es activo; lo segundo, pasivo. Yo mando; la mesa permanece sumisa. El guión que separa los términos

¹³ Sobre la fecundidad del Pensamiento Dialógico (o Pensamiento Personalista) y la necesidad de una renovación véase mi obra *Cuatro personalistas en busca de sentido*. Ebner, Guardini, Marcel, Laín, Rialp, Madrid, 2009.

“acción” y “pasión” indica *oposición* y *relación meramente lineal*. La acción se dirige desde mí a la mesa, no viceversa. Tenemos, pues, un esquema monodireccional: *sujeto que actúa-mesa que padece tal acción*, o, más sucintamente, *acción-pasión*. Este esquema elemental es el que encauza la relación del hombre con los *meros objetos*. El hombre trata los objetos con autoridad y dominio. Sabe que, por parte de ellos, la reacción es siempre igual y está determinada simplemente por sus condiciones físicas, no por género alguno de iniciativa.

Elevémonos a un nivel superior de actividad. Doy un golpecito con el dedo en el hombro de un amigo que veo de espaldas. Automáticamente, mi amigo se vuelve. Y lo hace porque siente la presión que ha ejercido mi dedo sobre él como una forma de llamada, una *apelación*. Ha sentido una ligera presión en el hombro, y esa sensación la ha asumido activamente como un gesto que tiene un sentido bien determinado: el de suscitar su atención. Mi amigo no sólo *padece* mi acción. La *interpreta*, la *asume como una invitación a dar respuesta*, adoptando la posición adecuada para verme.

Cuando actuamos de forma creativa, no puramente mecánica —como en el caso del golpe sobre la mesa—, toda acción nuestra se convierte en *apelación* porque se dirige a un centro de iniciativa, capaz en alguna medida de *responder* activamente a nuestra iniciativa. Esta interrelación se expresa en el esquema *apelación-respuesta*. Tal esquema es *bidireccional*: va del que apela al que responde, y del que responde al que apela. El guión que divide los términos que lo componen no indica *contraposición* y *relación lineal* del sujeto que actúa respecto al objeto que padece el efecto de tal actuación; significa *interrelación*, *relación reversible*. Esta relación implica un modo valioso de unidad, la unidad que supone participar en una tarea común, por ejemplo la de verse y saludarse. Pero la acción de participar en una tarea común sólo puede ser realizada por realidades que no son *objetos* sino *ámbitos*. De ahí que dicho esquema pueda traducirse en este otro: *yo-ámbito*, *sujeto-ámbito*, que, en este caso, equivale a *sujeto-sujeto*.

Para pensar con la debida precisión, debemos estar dispuestos, en todo momento, a utilizar los esquemas que responden al *significado* y al *sentido* de aquello que expresamos.

4. Cuando nuestra actividad se mueve en el *nivel 2* y constituye un *tejido de apelaciones y respuestas*, cambia nuestra manera de ver la realidad y de expresarla. La realidad que nos apela o invita a asumir las posibilidades que nos ofrece no se halla *fuera* de nosotros. Al responder positivamente a su apelación, nos situamos dentro de su campo de juego, en el cual las relaciones entre el aquí y el allí, lo interior y lo exterior no son de *oposición* —como sucede en el *nivel 1*—, sino de *colaboración*. Se forma un *campo de libre juego* entre quien está *aquí* y quien se halla *allí*, entre lo que me es *interior* y lo que me es *exterior*. En este

campo se supera la incomunicación y la soledad y se gana una unidad operativa y un conocimiento profundo de los compañeros de juego. Al entrar en juego, se ve a los compañeros como *ámbitos*. Lo sugiere Saint-Exupéry al escribir:

«Yo no estoy ligado sino a aquel a quien doy algo. No comprendo sino a aquel con quien me uno»¹⁴.

«Yo no amo a los sedentarios de corazón. Los que no intercambian nada no llegan a ser nada. Y la vida no habrá servido para madurarlos. Y el tiempo corre para ellos como un puñado de arena y los pierde»¹⁵.

«El hombre no es más que un nudo de relaciones. Sólo las relaciones cuentan para el hombre». El oficio de testigo me ha causado siempre horror. ¿Qué soy yo si no participo? Para ser, necesito participar. Yo me alimento de la calidad de los compañeros (...). Forman, con su trabajo, su oficio y su deber, una red de vínculos (...). Y yo me embriago con la densidad de su presencia.»¹⁶.

Cuando actuamos con energía creadora, transformamos el sentido de las relaciones *espaciales* y *temporales*. El músico que interpreta a Mozart —distante más de dos siglos en el tiempo— puede crear con él una forma de unidad mucho más intensa que con las personas de su entorno que no adoptan una actitud creativa.

Pero no sólo se supera la distancia temporal y la distancia espacial. Las realidades que tratamos en la vida diaria son vistas en un nivel más profundo que el usual: dejan, a menudo, de ser consideradas como meros *objetos manejables* para ser elevadas a la condición de *ámbitos*, es decir, centros de iniciativa, compañeros de juego.

5. Este cambio en la forma de ver y valorar marca el umbral de las experiencias ética y estética, vistas en toda su autenticidad. Si leo una obra literaria como mero *relato de hechos*, no entro en el reino de la estética. Si la contemplo como un proceso de creación de ámbitos o de anulación de los mismos, inicio mi aventura literaria. De forma análoga, mientras trato a una persona como un medio para algo, no creo con ella una relación de ensamblamiento o encuentro: no inicio mi actividad ética.

¹⁴ Cf. *Piloto de guerra*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1958, p. 166; *Pilote de guerre*, Gallimard, París 1942, p. 174.

¹⁵ Cf. *Ciudadela*, Círculo de lectores, Barcelona 1992, p. 38; *Citadelle*, Gallimard, París 1948, p. 38.

¹⁶ Cf. *Piloto de guerra*, pp. 147, 158-159, 160-161; *Pilote de guerre*, pp. 154, 166, 168-169.

Es aleccionador descubrir cómo todo en la vida se transfigura si no adoptamos ante los seres y acontecimientos una actitud de dominio sino de colaboración respetuosa y creativa. Este proceso creciente de transfiguración enriquece la vida del hombre hasta cotas insospechadas. De aquí se infiere que el secreto de una buena formación humana consiste en *adoptar desde el principio una actitud creativa, a fin de dar la debida elevación a nuestro modo de ver la realidad y expresarla*. Dicho de modo escueto y preciso: el proceso de una verdadera formación comienza cuando ascendemos del *nivel 1* al *2*, y fundamentamos éste en el *nivel 3*, el de la opción incondicional de los grandes valores; incondicionalidad que obtiene su *fundamentación* última en el *nivel 4*.

6. Las experiencias reversibles enriquecen las realidades que se interrelacionan en ellas. Al adquirir todo su alcance, los conceptos de tales realidades se muestran complementarios, no opuestos. Por eso, el gran pedagogo y escritor Romano Guardini solía recomendarnos a sus discípulos que no tomáramos los conceptos como algo acabado, definitivo, cerrado en sí, sino como algo abierto, perfectible, susceptible de vincularse a otros, de contraponerse y complementarse.

Por ejemplo, para entender plenamente el concepto de “libertad”, debemos considerarlo en estado germinal y darle tiempo a que se desarrolle entrando en relación fecunda con otros conceptos, como *cauce, norma, forma, vocación, misión, ideal...* Al entrar en relación, estos conceptos hacen juego entre sí, y en ese juego —que es un *campo de iluminación*— se alumbra su verdadero sentido, su sentido pleno y cabal. Entonces comprendemos que hay grados diversos de libertad. Uno de ellos es la *libertad de maniobra*, la capacidad de elegir en cada momento lo agradable. El grado más alto de libertad lo conseguimos cuando elegimos, no lo que más nos agrada, sino lo que mejor nos lleva a realizar el ideal de la unidad. Notemos que nuestra vida se enriquece a medida que vivimos más plenamente las relaciones. La libertad de maniobra es bastante insolidaria, cerrada en sí: yo hago lo que me place sin considerar el interés de los demás. En cambio, la *libertad creativa* es siempre *libertad vinculada*, ejercida en atención a la realización del ideal de la unidad, pero, precisamente por ello, se muestra como la forma más elevada de la libertad humana.

III. UNA NUEVA VISIÓN DE LAS REALIDADES QUE INTEGRAN LA VIDA HUMANA

Llegamos aquí a uno de los hallazgos más fecundos de cuantos podemos realizar al pensar de modo relacional. Me refiero al descubrimiento de que nuestra propia realidad y muchas de las realidades que constituyen nuestro entorno vital no son meros objetos, perfectamente delimitados; son campos de realidad,

“ámbitos”, centros de iniciativa, “nudos de relaciones” (Saint-Exupéry) susceptibles de enriquecerse y de empobrecerse.

Que los seres humanos debemos configurar nuestra vida en relación activo-receptiva con las realidades de nuestro entorno nos lo muestra la experiencia diaria y lo confirma buena parte de la investigación filosófica contemporánea. Menos obvio y menos subrayado por la investigación es el carácter abierto, “relacional”, de buen número de realidades infrapersonales. Nos conviene analizar de cerca varios ejemplos muy sugestivos.

1) *El modo de ser de un grano de trigo y un trozo de pan*

Tomo en la mano un trozo de pan. Esto que tengo aquí ¿es un *objeto*, o tiene un rango superior? Hemos de hilar muy fino si queremos ser rigurosos en el pensar. Durante siglos se tendió a juzgar que una realidad es *sólida* y *consistente* si permanece *inmóvil* e *invariable*. Como ejemplo perfecto de tal consistencia y solidez fue considerada la roca. Lo “roqueño” se convirtió en símbolo de lo constante, lo verdaderamente real, lo que perdura y se sostiene. Los objetos —una mesa, un martillo, un cristal...— presentan caracteres semejantes a la roca: son densos, pesados, opacos, bien delimitados, situables en el tiempo y el espacio... De ahí que los objetos —o cosas— hayan sido vistos como una forma de *realidad modélica*, y ello hasta tal punto que no pocos pensadores utilizan indistintamente los vocablos “realidad” y “cosa”.

De esta indistinción entre *cosa* y *realidad* se derivó que las realidades que no son meras cosas hayan sido consideradas, frecuentemente, como algo vago, difuso, evanescente, en definitiva poco real. No cedamos a la rutina, seamos exigentes y preguntémonos si una institución, el lenguaje, una amistad, un estilo artístico, una escuela de pensamiento, una obra literaria... son algo irreal. Sabemos, por experiencia, que ejercen un papel destacado en la vida humana, resisten los embates del tiempo y las modas, se aclimatan a diversos climas espirituales. Todo ello indica que poseen un grado de realidad notable, pues nada puede ser eficiente y perdurable si no es real. Esas realidades no tienen las características de las cosas: no son algo opaco, pesado, situable en el tiempo y el espacio. Una obra musical, por ejemplo, puede ser interpretada en lugares distintos al mismo tiempo. No está en un lugar fijo y no puede ser agarrada con la mano como una cosa. Pero ¿es por ello menos real? Para clarificar esta serie de cuestiones volvamos al ejemplo del pan.

Un trozo de pan presenta características semejantes a las de todo objeto: es medible, pesable, asible, situable en el tiempo y el espacio, manejable, utilizable, elaborable... Pero esta elaboración se realiza a base de *frutos* de la tierra, por ejemplo el trigo. Pongo un grano de trigo en la palma de la mano y me pregunto qué es

esta diminuta realidad. Se la puede medir, situar, mover y manejar como un objeto, pero ¿es mero *producto* de un *proceso de fabricación*? De ningún modo. El grano de trigo no fue *elaborado*. Le falta, pues, la última de las características que distinguen a los objetos. Y esto marca una diferencia esencial. Para que en este momento se halle ese sencillo grano de trigo en la palma de mi mano tuvieron que darse una serie de *relaciones*: la relación del campesino con sus mayores, que le enseñaron el arte de cultivar el campo y le transmitieron unas semillas; la relación de las semillas y la madre tierra, a la que son confiadas; la relación de la tierra y la lluvia que debe empaparla, para que germine la planta; la relación de la planta y el sol que ha de dorar la mies... Un grano de trigo es fruto de una múltiple confluencia de realidades que colaboran en una tarea común. Por ser un punto de confluencia y vibración, el trigo adquiere un poder *simbólico*; remite a otros acontecimientos de encuentro, como es la amistad. Nada ilógico que el pan fuera partido, repartido y compartido por el padre de familia con sus familiares y huéspedes como signo de amistad. Una realidad que procede de una confluencia de realidades está en condición óptima para expresar una relación de encuentro. De ahí su poder *simbólico*.

Los discípulos de Emaús comentan, durante el camino, la tristeza que les produce la desaparición del Maestro. Alguien se les une y conversa largamente con ellos acerca del mismo tema. Al llegar a Emaús, hace además de proseguir la marcha, pero ellos le invitan a cenar y pernoctar en su casa. Al partir el pan, reconocieron en él al Señor que había muerto tres días antes. ¿De dónde les vino la luz necesaria para tal descubrimiento sorpresivo? Indudablemente, del encuentro, simbolizado en la fracción del pan. La generosidad de los discípulos con el viajero desconocido dio pleno sentido al gesto ritual de partir y compartir el pan. Al realizarlo, se creó un campo de juego común, que es un campo en el que se alumbraba el sentido de lo que se hace. Miguel de Unamuno, en su *Diario íntimo*, repara en que sólo al partir el pan reconocieron al Señor los discípulos de Emaús, e intuye que, tal vez, la fe perfecta proceda de la comunión. «Tal vez sólo la comunión dé fe perfecta —escribe—, siendo lo demás aspiración a la fe, un querer creer que sólo mediante la comunión recibe la gracia de creer¹⁷. En efecto, comunión indica entrelazamiento de dos o más vidas, compromiso en una labor compartida, participación en un mismo juego. Y ya sabemos que el juego es fuente de luz¹⁸.

2) También el vino es fruto de una confluencia múltiple de realidades

Una consideración análoga cabe hacer del vino. Éste es *elaborado*, pero no así los racimos de uvas de los que procede. Cada uva es fruto de una lenta y

¹⁷ Cf. *Op. cit.*, Alianza Editorial, Madrid 1972, p. 57.

¹⁸ Un amplio estudio del juego, visto como acontecimiento creativo (*nivel 2*), puede verse en mi *Estética de la creatividad*, Rialp, Madrid 1998, pp. 33-183.

múltiple *interacción fecunda* de diversas realidades. El campesino que cuida el viñedo no produce la uva; colabora con otros seres a que surja, como un don. Cuando el anfitrión escancia vino en la copa del huésped, el vino alcanza su sentido pleno: es una realidad que viene del encuentro y expresa el encuentro; procede de la confluencia del hombre y diversas realidades infrapersonales que se relacionan entre sí fecundamente, y ahora entra en el juego superior de dar expresión viva a una relación interpersonal de alta calidad.

El vino y el pan fueron tomados, de antiguo, como vehículo simbólico de la amistad por no ser *producto de una actividad fabril* y, como tal, objeto de canje, sino *fruto de una confluencia múltiple*. El mero hecho de que existan el pan y el vino —elaborados con uvas y trigo— es testimonio elocuente de que el encuentro se da ya germinalmente en el universo, y debe ser continuado y potenciado entre los seres humanos.

3) *Tampoco una jarra se reduce a objeto*

Pero no sólo el vino logra su momento de máxima plenitud en el encuentro que expresa y simboliza. También la jarra que lo alberga alcanza aquí su sentido cabal. Ya no se reduce a un objeto de tales dimensiones, tal peso, tal material... Es un lugar de albergue de una realidad simbólica que tiende a ser comunicada. La jarra alberga el vino para compartirlo. Al hacerlo, el mero *verter físico* adquiere el rango de un *escanciar generoso*, que es todo un gesto simbólico¹⁹, un don personal, y desempeña un papel significativo en el juego de la existencia humana.

El gesto de escanciar una realidad que es fruto de una confluencia tiene el valor simbólico de un don, una entrega personal, el obsequio de la amistad. La amistad es una relación entre realidades que son, a su vez, un nudo de relaciones. En el gesto de escanciar el vino, este cúmulo de relaciones e interrelaciones queda plasmado de modo concreto, sensible, luminoso, emotivo²⁰.

4) *Forma relacional de ver el agua y su carácter simbólico*

Todos conocemos el agua, sus modos diferentes de presentarse, los distintos acontecimientos a que puede dar lugar, los usos a que se presta. Reflexionemos sobre ello y descubramos el origen de los diversos simbolismos que ostentan

¹⁹ Las realidades y los gestos simbólicos remiten a aspectos de la vida humana que pertenecen a un nivel superior.

²⁰ Sobre la exposición que hace Martin Heidegger de diversas realidades simbólicas puede verse mi obra *La experiencia estética y su poder formativo*, Universidad de Deusto, Bilbao, pp. 91-125.

ta el agua. El agua es símbolo de purificación, devastación, fecundidad, vida naciente... Estos simbolismos ¿los posee el agua vista como *objeto* —*nivel 1*—, o los adquiere en cuanto *juega un papel* en la vida humana —*nivel 2*—? «Algo tendrá el agua cuando la bendicen», suele decirse. ¿Por qué se bendice el agua?

De por sí, el agua es una realidad que puede ser tocada, medida, pesada, situada en un determinado lugar. Tiene carácter de *objeto*, pero *no está cerrada en sí*; en ella vibran todas las realidades con las que se halla vinculada por su origen. Pensemos en el agua potable. El contacto primero del hombre con ella fue en los ríos y las fuentes. La fuente es una realidad compleja; implica un lugar de albergue, una oquedad subterránea, un material impermeable y determinadas circunstancias que hacen aflorar el agua a la superficie. Ese lugar privilegiado de la tierra del que brota el agua como un don enigmático dice relación con las nubes que provocaron un día la lluvia. Las nubes penden de diversos factores, entre ellos el océano y el viento. El viento es provocado por diferencias térmicas entre lugares distintos del planeta. De esta forma, en ese sencillo chorro de agua que sale de la tierra a borbotones confluyen todos los elementos de la tierra y el firmamento. Estos elementos confluyentes se vinculan a los hombres, que son quienes consideran esa agua embalsada y rebosante como una «fuente» y acuden a ella para saciar su sed y la de los ganados, así como regar los campos. Al ser utilizada esa agua en los ritos religiosos, todo cuanto implica —tierra, firmamento, hombres—entra en relación viva con el modo más alto de realidad, el fundamento de todos los demás: el Ser Infinito, el Creador de todas las cosas.

Cuando un caminante exhausto se inclina sobre una fuente para recuperar el aliento, siente que la vida le es devuelta, como una gracia, y recupera el ánimo y las fuerzas. En ese momento, el agua juega un papel destacado en la vida humana, hace juego con el hombre, deja de ser mero objeto para convertirse en ámbito y compañero de juego; se eleva del plano “objetivista” —*nivel 1*— al plano “lúdico”, “ambital” —*nivel 2*—. Esa transformación dota al agua de poder simbólico: remite a la vida que nace, que se recupera, que retorna a su estado normal. De ahí el gran valor que tiene la fuente para quien desea colmar la vida de sentido. «Yo, se dijo el Principito, si tuviera cincuenta y tres minutos para gastar, caminaría muy suavemente hacia una fuente...»²¹. El campesino encauza un chorro de agua hacia un terreno agostado, cubierto de plantas mortecinas. En cuestión de instantes, las hojas adquieren lozanía y el campo recobra la sonrisa. El agua, soterradamente, devolvió la vida a los tallos casi marchitos. Con todo derecho, el agua es vista como símbolo de vida naciente, de rejuvenecimiento y fecundidad.

²¹ Cf. *El principito*. Alianza Editorial, Madrid 1972. p. 90; *Le petit prince*. Harbrace Paperbound Library, Nueva York 1943. p. 90.

Con el rostro demudado por el cansancio, el sudor y el polvo, el labriego se acerca a la fuente, y con el cuenco de las manos abiertas se refresca y limpia. El agua se convierte en símbolo de *purificación*.

Los ríos han presentado siempre al hombre un aspecto benéfico semejante a las fuentes. Las ciudades fueron construidas por los antiguos a la vera de los ríos, como lugares de comunicación, de recreo y pesca, de venero inagotable de agua para hombres, ganados y campos. Pero, de vez en cuando, el río bienhechor se descontrola y desmadra, invade los alrededores y los anega, devastando campos y haciendas. El agua presenta entonces su faz altiva y maléfica. Destruye toda fecundidad; no purifica sino enloda; no rejuvenece sino que aplasta. El agua, tan plácida y benéfica en otras ocasiones, se ve convertida ahora en *símbolo de devastación*. En las gentes sólo hay un deseo: encauzar las aguas, regular su curso. El deseo y el ruego de que el agua mantenga su poder encauzado en el recto orden —el orden que funda vida, bienestar y belleza— se expresa en el acto de *bendecir*. Maldecir significa *desgajar*, arrancar un elemento del conjunto al que pertenece. Bendecir indica *unir*. El padre que bendice a un hijo refuerza el vínculo de éste con la familia. El padre que maldice al hijo lo separa de la comunión familiar. El juez que condena a muerte al delincuente lo escinde de la trama social.

5. Interpretación relacional de un templo, por ejemplo una ermita

Vas por un campo y divisas una ermita en lo alto de un cerro. Te adentras en ella, reposas en sus bancos, observas todos sus pormenores: sus altares, las imágenes, las flores... En realidad, ¿qué es lo que ves cuando contemplas una ermita? Ves un edificio más bien pequeño, de inspiración popular, consagrado a un fin sacro. Estos datos son importantes. La ermita cumple el fin de albergar a los devotos, lo mismo que el agua sirve para calmar la sed del caminante. Pero el agua, además de ejercer esa función saludable, remite a una serie de realidades que en ella confluyen dinámicamente. ¿Qué realidades confluyen en la ermita?

Esforcémonos en contemplar la ermita de modo *relacional*. Al ver una ermita, lo primero que salta a la vista son los materiales de que está compuesta y la forma en que fueron ordenados. Esta ordenación fue determinada por un constructor a fin de conseguir una meta precisa. He aquí las famosas cuatro causas que Aristóteles adujo para dar cuenta de un proceso de producción: la *causa eficiente* —el constructor—, la *causa material* —los materiales—, la *causa formal* —la forma— la *causa final* —función que debe cumplir el producto—. Pero no nos contentamos con saber las cuatro causas que han *producido* el *edificio* de la ermita. Queremos penetrar más, y descubrir por qué se han puesto en juego tales causas, es decir, qué sentido tiene que alguien haya edificado una ermita. Estas preguntas nos permiten ver la ermita de modo más profundo.

Este sencillo edificio nos remite a un grupo de hombres que han creado a lo largo de siglos una relación de comunidad entre sí y con el Creador, y un buen día decidieron dar expresión visible a ese ámbito de convivencia. Para hacerlo, pusieron en relación su saber técnico con los materiales que ofrece la tierra y con el espacio libre que otorga el universo. De la conjunción de estas tres colaboraciones —la del espacio, la de la tierra y la de los hombres— surgió el edificio.

Pero un *edificio* no es todavía una *ermita* en sentido propio, es decir, un templo. Esta transformación se opera en el momento preciso en que el pueblo funda un ámbito de encuentro con el Creador en el espacio físico que ofrece el edificio. Ese momento es el acto de “consagración” del templo. Al convertirse en lugar de encuentro, pasa el edificio del *nivel objetivo* al *nivel lúdico* o *ambiental*; deja de ser mero espacio físico —*nivel 1*— para tornarse espacio lúdico —*nivel 2*—, espacio donde se realiza el juego del encuentro de los creyentes y el Dios al que adoran. Al contemplar la ermita en estos dos planos —el *objetivo* y el *lúdico*—, la vemos como lugar de confluencia viva y eficiente de los cuatro grandes modos de realidad que integran cuanto existe: *cielo y tierra, hombres y Dios*.

Esta ampliación de nuestro modo de mirar nos permite verlo todo a una nueva luz: la ermita cobra una especial movilidad, una flexibilidad y un dinamismo peculiares, y su entorno entero se electriza, se carga de una especial fuerza de intergravitación. La ermita no se reduce a un conjunto de materiales dispuestos de una forma determinada. Constituye un *lugar de encuentro*, en el cual se entreveran expresivamente todas las realidades que entraron en juego para formarlo. La tierra ofrece un lugar de asiento y unos materiales adecuados y expresivos. El espacio aporta un lugar de expansión, luz, climas cambiantes. Los hombres muestran no sólo su capacidad técnica de construir, sino ante todo su voluntad de fundar ámbitos de convivencia entre sí y con el Creador. El Creador revela su voluntad de acercarse a los hombres, dar el primer paso hacia la amistad y sellarla con una alianza perpetua, que debe tener expresión viva y constante en ritos culturales.

a) La ermita alcanza su plenitud en el día de la fiesta

En toda ermita se celebra un día de fiesta al año. En este día se festeja lo que es importante todos los días del año, a saber, esa múltiple interacción de realidades que encarna la ermita vista *como ermita*, no como mero edificio. Por eso, en el día de la fiesta, cuando los creyentes acuden por las veredas del campo a la ermita y se congregan a su alrededor, algo importante acontece, porque todo entra en su justo lugar, adquiere su auténtico puesto en la trama de ámbitos que es la vida humana bien lograda.

A la luz que brota en el encuentro festivo, cada realidad aparece en todo su alcance, con la plenitud de sentido y belleza que adquiere cuando se halla en

estado de interacción. El pueblo deja de ser un conjunto de individuos más bien desintegrados para constituir una comunidad, aunada por un ideal común. Las personas aparecen como seres “instalados” —no “arrojados”— en el mundo, en dinámica vinculación con los demás y con la divinidad, con el espacio y con la tierra. Los materiales, el paisaje, las flores, los trajes típicos, los cantos populares, los usos y costumbres del lugar..., todo se ensambla para crear un ámbito único, bajo un impulso unitario: *el deseo de fundar un modo altísimo de unidad*. Cada realidad adquiere, entonces, su pleno sentido, su función adecuada. Este ajuste implica *orden*, y, cuando florece el orden, reina la armonía y hace eclosión la belleza más admirable.

b) *El sentido profundo de la ermita*

He aquí cómo una sencilla ermita de aldea, perdida en el campo, supone un enriquecimiento inmenso de la vida humana, porque la vida del hombre es encuentro, y la ermita nos hace vivir de manera intensa la confluencia de todos los seres del universo, que se unen para lograr el modo más valioso de unidad: el que se funda entre los hombres cuando todos se vinculan en su origen y fundamento último. Tal modo de unidad es único, irrepetible; presenta una condición propia. Estos hombres, estos materiales, este paisaje instauran un ámbito singular, y desde su rincón humilde reflejan el orden entero del universo.

Vas de viaje, y a lo lejos divisas una pequeña iglesia entre árboles y casas rurales o una ermita en un páramo. Detente a pensar en la desproporción magnífica que existe entre estas realizaciones culturales, vistas en el plano de los objetos, y el alcance que tienen en el aspecto lúdico cuando se las ve como ámbitos. El juego que hacen estos templos insignificantes en la vida humana es de unas proporciones gigantescas. El sentido de tales edificios no queda reducido a las dimensiones de sus muros. Se extiende a todo el universo, que vibra realmente en ese espacio, visto como un punto de confluencia de muy diversas realidades. La ermita nos remite al cosmos, visto como el *gran lugar del encuentro*, el punto de interrelación amistosa de las criaturas y el Creador. La pequeña ermita se convierte de este modo en el lugar de concreción visible del *gran templo que no conoce límites* y del que cada iglesia particular es una participación.

c) *Esquemas mentales movilizados en la descripción de la ermita*

Preguntémonos qué esquemas hemos movilizado en la descripción de la ermita. ¿Fueron los esquemas *lineales* “acción-pasión”, “materia forma”, “dentro fuera”..., o más bien los esquemas *reversibles* “apelación-respuesta”, “persona comunidad”, “creatividad personal-fundación de ámbitos de convivencia...”? Rehagamos, con la imaginación, el proceso constructivo de la ermita. Los constructores trabajan los materiales, y éstos sufren la alteración que tal actuación causa. Esta actividad

responde a los esquemas “acción-pasión”, “causa efecto”. Los constructores de la ermita tienen que realizar una actividad de este tipo, pero la trascienden, la superan y enriquecen. No toman los materiales como un objeto pasivo que se deja manipular; los consideran como compañeros de juego en la gran tarea de fundar un ámbito de encuentro, encuentro de los creyentes entre sí y con el Dios al que adoran. Para realizar tal empresa, los materiales de la tierra ofrecen sus condiciones de resistencia y expresividad, y los constructores dialogan respetuosamente con ellos, teniendo a la vista su adecuación al conjunto del edificio, del paisaje y del pueblo creyente. El fruto de este diálogo es la ermita *como ermita*, no sólo como edificio.

El creyente, al acercarse a la ermita y adentrarse en cuanto ella implica, no *sale de sí* para *entrar en algo externo*. Al contrario, entra en su verdadero lugar de despliegue personal, logra su plena identidad, se pone en verdad. El hombre no está del todo terminado en ningún momento; se halla siempre en vías de plenitud. La plenitud la alcanza a través de los diversos encuentros que realiza. Si alguien se concibe a sí mismo como un ser terminado, configurado del todo, puede pensar que sale de sí para captar lo que es la ermita como objeto perfectamente delimitado en un ámbito exterior a su realidad personal. Pero en tal caso no hace justicia ni al modo de ser de la ermita ni al suyo propio. La ermita se constituye como tal cuando se convierte en *lugar de encuentro*. Al convertirse en campo de encuentro, los materiales que la componen se hacen *transparentes*, pierden su opacidad, para tornarse mensajeros de algo valioso que los sobrevuela. Cuando veo la ermita, mi mirada no se queda presa en los materiales. Éstos la lanzan hacia algo superior que los engloba y da sentido: *el entrelazamiento de diversos elementos que confluyen*. Los materiales no quedan con ello depotenciados; muy al contrario, adquieren su plenitud de sentido.

Toda realidad, al ser asumida en un contexto, asciende de rango, adquiere una condición nueva. Los elementos que constituyen la mano de un hombre pueden ser físicamente los mismos que hay en una probeta de laboratorio, pero, al estar insertos en el conjunto orgánico que es un ser humano, se elevan de plano y ganan un alto valor *expresivo*. Por ser transparentes los elementos expresivos, podemos acceder *de modo inmediato* a las realidades que se expresan en ellos. En los medios expresivos hace acto de presencia la realidad que en ellos se expresa. Pero esa presencia la captamos *de modo indirecto*, ya que necesitamos los elementos materiales. No sería exacto, sin embargo, decir que captamos tal realidad *a través de los medios expresivos*, porque es, más bien, *en ellos* donde la captamos. Lo mismo que yo percibo toda tu persona sonriente *en* los rasgos de tu sonrisa, no *a través* de ellos.

Esa forma de contemplación *inmediata-indirecta* es una visión en dos planos a la vez: el *objetivo* —*nivel 1*— y el *lúdico* —*nivel 2*—. Para llevarla a cabo en lo que toca a la ermita, debo tomar distancia de perspectiva frente a cada uno

de sus pormenores y verlos desempeñando su papel peculiar en la relación de cielo y tierra, hombres y divinidad.

Al vincular la relación de cercanía y distancia, veo las *figuras* con el relieve propio de las *imágenes*, y capto lo que es un templo en todo su alcance y sentido. El templo se nos hace esplendorosamente presente en los materiales de construcción, en las columnas y en los espacios que median entre ellas, en las vidrieras y en la luz que tamizan y que confiere al interior un singular dinamismo y variedad de matices.

Estas precisiones pueden parecer algo secundario a quienes no están avezados al análisis filosófico, pero arrojan chorros de luz para estudiar cuestiones de vital interés en nuestra vida.

CONCLUSIÓN

La forma óptima de superar el subjetivismo relativista y el objetivismo

Si nos acostumbramos a ver nuestra propia realidad y las realidades que nos rodean como ámbitos, no sólo como objetos, observaremos que nuestro entorno vital no es un mero conjunto de cosas, sino una trama inmensa de ámbitos que se crean, entretejen e incrementan, y en casos colisionan y se destruyen. Este descubrimiento amplía de modo insospechado nuestra forma de mirar y contemplar todo lo existente. Dejamos de ver rígidamente la mayoría de las realidades como algo delimitado, cerrado en sí, para verlas flexiblemente como un tejido de relaciones.

Es difícil calibrar la importancia que tiene para nuestra vida acostumbrarnos a pensar de modo relacional y dar el debido valor al sujeto que piensa y a la realidad pensada. Sucede, a veces, que ciertas personas expresan su opinión sobre algo y, si les preguntamos en qué basan su parecer, contestan sencillamente: “Esta es mi verdad. Tú tienes la tuya, y ambas son dignas de respeto”. La actitud intelectual que refleja esta respuesta es denominada “subjetivismo relativista”. Según ella, todo juicio de valor depende totalmente del *sujeto* o *persona* que lo emite. Tú, desde tu situación, piensas que tal acción es buena. Yo, desde la mía, estimo que no resulta admisible. Esta disparidad de opiniones lleva, con frecuencia, a pensar que todo es “relativo”, es decir, que las acciones tienen el valor que cada persona les asigne según su modo de ser y su forma de contemplar la realidad.

Este modo de pensar “relativista” —hoy tan extendido, lamentablemente— nos deja sobre el vacío, pues no nos permite asentar nuestras convicciones en el

suelo firme de la realidad. Si soy yo el que determino, en función de mis inclinaciones y gustos, el valor de las realidades que trato y las acciones que realizo, ¿qué garantía tengo de no equivocarme? Nuestra misma realidad, si la comprendemos bien, nos insta a prestar atención tanto a nuestra capacidad de pensar, razonar y juzgar como a las condiciones de las realidades sobre las que pensamos, razonamos y juzgamos. Lo prudente y fecundo es guardar equilibrio entre las *potencias* que tenemos y las *posibilidades* que nos ofrecen las realidades que tomamos como "objeto de conocimiento".

Este equilibrio lo guarda modélicamente el *pensamiento relacional*, que enriquece notablemente nuestros conceptos y nos permite, con ello, asumir –por elevación– la parte de verdad que pueden albergar el *subjetivismo* y el *objetivismo*. Evitamos, así, los riesgos que éstos ocasionan cuando enfrentan sus puntos de vista para alzarse con la pretensión de representar la verdad absoluta.

MEREOLOGÍA Y MECANISMO METONÍMICO

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Carmelo Lisón Tolosana*

Tanto el tema como su enfoque me han parecido muy oportunos y bien desarrollados y, no menos importante, hacen pensar; operan como plataforma que permite e invita a visualizar otras dimensiones análogas y prolongar en abanico otras reflexiones desde otras perspectivas. Este es, en realidad, el pensamiento relacional.

El *rationale* que subyace a esta bien ponderada presentación apunta en última instancia a la filosofía de la ciencia, y concretamente, a la pluralidad ontológica de la realidad; esto lo hace partiendo de una categoría primordial: la ubicuidad y necesidad del pensamiento relacional que, desde mi perspectiva, considero como un universal cultural.

Esta forma de pensamiento hace posible hablar de plurales modos ónticos —modos significantes de existir— de las cosas, fenómenos, sucesos, de las creencias y valores, del universo cultural, en una palabra. El pensamiento estructural, el que ve las cosas en relación, en contigüidad o metonímico, y el mereológico o en *Gestalt* nos pone en contacto con el mundo a través de la experiencia de lo cotidiano, experiencia que viene dirigida por su modo de relación estructural que determina qué aspectos de lo ordinario son observables y reales y que transforma lo empíricamente dado en relaciones directas, contiguas a la realidad circundante, en correlaciones estables entre unidades discretas, en tipos lógicos o formas conectivas correctas que establecen verdades morales. La relación —lógica— presenta la experiencia en formas articuladas porque provienen de las personas en acción, en actividad, en comportamiento intersubjetivo, lo que constituye la base fáctica de las mismas, pero es el punto de vista imaginativo, más la lógica de la razón, lo que mantiene esa red de relaciones que da forma, realidad y significado a un conjunto de hechos que vemos en mereología.

La mereología de conjuntos significantes nos conduce a una mayor y más consistente abstracción y a un consecuente grado de realidad y significado en un horizonte cultural inseparable. Las conexiones, enlaces y engranajes estructurales son susceptibles de desarrollo en hebras y tramos encadenados o trenzados en argumentos metonímicos; la razón es que el mecanismo metonímico es un extraordinario principio organizador para crear realidad y significado; conecta por contigüidad relaciones naturales y sociales, personajes, geografía, productos mentales y tecnología, tiempo y espacio, imputando a los fenómenos relacionados existencia y significado. Es el camino a la riqueza de la realidad, a la textura local, al momento en su complejidad de planos conexos porque encadena sucesos, personas, acciones, motivos, lugar y tiempo en un eje sintagmático, porque focaliza relaciones entre sujetos y establece conexiones necesarias en el mundo real.

Este es el fundamento empírico, objetivo, de las disciplinas sociales; pero superamos los hechos y las cosas, los sucesos y los fenómenos al relacionarlos, y al hacerlo convertimos las propiedades de las cosas en realidad, y la realidad bajo esta perspectiva no es lo que es, sino lo que se sabe, su verdad. Desde esta dimensión particular inicial no hay diferencia entre Ciencia físico-matemática y ciencia cultural.